

SOCIEDAD DEL DURAZNO



Señora Dora de L. de Demarco

Del Dolor...

A mi amiga Carmen.

Entre las ramas de los viejos cipreses guardianes de las tumbas, silenciosos y erguidos, se arrullaban las aves entonando su canto de amor...

Resplandecía la blancura de las lápidas bajo los rayos del sol primaveral y las flores ponían una nota de alegría en la triste mansión del dolor.

Todo era paz en el viejo cementerio, pero una paz tan llena de opresión para las almas, que inutilmente reía el sol desde la altura, envolviéndolo todo en un nimbo dorado.

Junto a una tumba estaba una pareja. Ella, la madre de la niñita que dormía allí su último sueño, después de haber llenado el hogar con sus risas y cantos, inclinaba la frente y lentamente brotaban lágrimas de sus ojos. Una a una, como de inagotable surtidor, resbalaban por las tersas me-

jillas y ella las dejaba correr sin enjugarlas siquiera, como si supiera que era tarea inútil. Con los ojos fijos en la blanca tumba, entrelazadas las manos que acariciaron otrora la cabecita dorada de su hija, murmuraba una plegaria... No era no, la mujer desesperada que se rebelaba y protesta ante la terrible prueba: era la madre cristiana que acata el sacrificio, repitiendo: «Hágase, Señor, tu voluntad».

Había fé en su mirada dolorosa que de vez en cuando se elevaba al Cielo como buscando á Dios!

Su compañero, cejijunto y ensimismado, no lloraba, pero había tal angustia en su pálido semblante, encuadrado por la negra barba, que aquel dolor sin lágrimas imponía acaso más que el otro que estallaba en sollozos.

Largo rato estuvieron así. Después, dulcemente,